

mo las riquezas de la tierra; así es grande honra de los pobres eximirse de esta servidumbre, señoreándose de todo con el desprecio que de ello tienen: por lo cual consiguen, como habla el Apóstol, la posesion de todo; y así no hay riquezas ni reinos que se le puedan comparar, porque los reinos tienen sus términos á donde se limitan, y sus mojonnes de donde no pasan; pero el reino de la pobreza no le limita ni estrecha con términos, sino que por el mismo caso que no tiene nada lo tiene todo, porque no puede poseer el corazon alguna cosa, sino siendo señor de ella, y no es señor de ella, sino es siéndole superior, y esto no lo puede ser, sino sujetándolo todo á sí; por lo cual cuanto fuere mas señor y poseedor es mas superior. Y los que quieren ser ricos es cosa cierta que no pueden dejar de amar aquellas cosas sin las cuales no pueden pasar, y cuanto les tienen de amor, tanto tienen de cuidado, solicitud y servidumbre; pero el que desprecia estas cosas no solo es superior á ellas, sino tambien señor y poseedor. Por esto dijo muy bien san Juan Clímaco (1) que el religioso pobre es señor de todo el mundo; porque como pone en Dios todos sus cuidados, se hace señor de todo él, y todos los hombres le son como sus siervos. Además de esto, el amor verdadero de la pobreza no se aficiona vilmente á las cosas, pues todo lo que tiene ó puede tener lo reputa por nada; y cuando le falta algo, no le da mas pena que si le faltara el estiércol y basura.

Pero sobre todo esto es Dios el que se posee por la pobreza, y, como advierte san Ambrosio (2), es el ciendoblado que se recibe por lo que dejó: porque así como á la tribu de Levi, que no tenia parte en la distribucion de la tierra de Palestina, le prometió Dios por eso que él habia de ser su posesion y la parte de su herencia; así tambien y con mucha razon á los que voluntariamente no quisieron tener parte en los bienes de la tierra Dios es su posesion y riqueza, y todo bien aun en esta vida. Pero el bien de la pobreza pasa mas adelante, y no solo da ciendoblados bienes y consuelos, y al mismo Dios en esta vida, pero en la otra da el reino de los cielos; y así son dichosísimos los que renuncian la dicha y felicidad de este mundo, como habla san Agustin, el cual dice (3): Grande dicha y felicidad suma de los cristianos es que con el rico precio de la pobreza compran el rico premio de la gloria. ¿Quieres ver cuán preciosa y rica es? Que compra y alcanza el pobre con ella lo que el rico con todos sus tesoros no pudo. Y fue altísimo consejo de Dios nuestro Señor y traza de su entendimiento altísimo que hiciese precio de su gloria la pobreza, para que á nadie le faltase con que comprarla; y con la grande afición que la tenían muchos de los Santos se entregaron de suerte á ella, y la procuraron con tantas veras, que con ningunas mas los ricos huyen de ella, y así les hacian ventaja en querer ser mas pobres que ellos ricos.

(1) Grad. 17. — (2) In Psalm. cxviii. — (3) Serm. 28 de verb. Apost.

CAPÍTULO VIII.

Muchos que despreciaron y renunciaron todo lo temporal.

Es tan clara la vileza de los bienes temporales y el daño que suelen causar para la misma vida temporal, que sin lumbre de fe ni esperanza del Hijo de Dios lo conocieron los filósofos, y muchos de ellos se persuadieron tanto, no solo de la importancia de su desprecio, pero de su renunciacion, que vivieron muy contentos en pobreza y gran moderacion. Aristides Ateniese, siendo muy principal, vivia tan pobremente, que andaba con una vestidura raída y pobre, siempre hambriento y con necesidad; y como un amigo suyo rico, llamado Calias, fuese acusado en juicio, entre otras cosas le fue opuesto que siendo tan rico no ayudaba á Aristides; y viendo Calias que los jueces se indignaban contra él por lo que se murmuraba y decia de su inhumanidad, fuese á Aristides, á quien pidió le defendiese de tal acusacion, declarando en juicio cuántas veces le habia ofrecido su hacienda sin haberla él querido aceptar, queriendo mas vivir en su pobreza que gloriarse en las riquezas de otros; porque decia que á cada paso se hallaba quien siendo rico gastaba mal lo que tenia, y pocos que pásasen la pobreza y falta de lo necesario con ánimo generoso: lo cual como en juicio declarase Aristides, ninguno de los presentes hubo que no estimase en mas y tuviese envidia á la pobreza y mendiguez de Aristides que á las riquezas y abundancia de Calias. Zenon, como escriben san Gregorio Nazianceno y Séneca, viniéndole nueva que se le habia perdido cuanto tenia, respondió: La fortuna quiere que yo profese la vida de filósofo de aquí adelante con mayor facilidad. Valerio Máximo cuenta de Anaxágoras que le vino la misma nueva, y respondió: Si mi hacienda no pereciera, yo pereciera. Caton cuenta de Crates Tebano que arrojó en el mar un gran peso de dineros y dijo: Quiéroos anegar, para que no me anegueis. Diógenes dejó cuanto tenia, y se quedó con sola una escudilla de palo en que beber; pero porque despues vió acaso á uno beber con la mano, la quebró. Laercio refiere que mofándose uno de Rodas del filósofo Esquines, dijo: Por los dioses, que tengo lástima de verte tan pobre. Respondió él: Por los mismos te juro que tengo lástima de verte tan rico; porque has tenido trabajo en allegar las riquezas, cuidado en conservarlas, enojo en repartirlas, peligro en guardarlas, mil sobresaltos en defenderlas; y lo peor de todo es, que en donde tienes tus riquezas, allí tienes tu corazon.

Trata bien este punto san Juan Crisóstomo (1) en el segundo libro contra los vituperadores de la vida monástica, el cual libro endereza y

(1) Lib. 2 contra vituper. vit. monast.

dedica á los gentiles y filósofos, en el cual usa de razones naturales, y que solo con lumbre natural se pueden alcanzar; donde compara á Platon con el rey Dionisio, á Sócrates con Arquelao, á Diógenes con Alejandro, á los cuales hizo mas gloriosos su pobreza que á los ricos su mando y señorío. Y cuenta de Epaminondas Tebano, que llamado á una junta, y no pudiendo venir porque habia lavado su túnica, y no tenia otra que ponerse, fue grandemente estimado y tenido en mas que sus príncipes. De lo cual infiere el santo Doctor que, cuando no hubiera ley evangélica y ejemplo de Santos, aun en razon natural y en testimonios naturales era la pobreza de mucha estima y dignidad. Pues siendo esto así, como lo es, y muy cierto, ¿qué podemos decir, sino confesar que esta pobreza no lo es, sino riqueza grande y verdadera?

§ II.

Harta confusion nuestra es que los gentiles desprecien tanto los bienes temporales sin la fe que tenemos nosotros de lo eterno, la cual da tan gran luz para descubrir la distancia que hay de lo uno á lo otro, que á los que ha ilustrado con algun rayo de desengaño y verdad les ha hecho no solo despreciar cuanto estima el mundo, pero abrazar y buscar lo contrario, holgándose con la pobreza, con la ignominia y penitencia, haciendo en esta parte tales extremos, cuales nunca se imaginaran; de los cuales recogeré aquí algunas historias bien extrañas. Daré principio por la que de Marcos Alejandro se halla en unos comentarios griegos (1). Yendo el abad Daniel con un discípulo suyo á Alejandria, vió entre los locos á uno que se llamaba Marcos, y estaba todo desnudo, sino es donde la honestidad pedia otra cosa, el cual daba luego cuanto le daban á los otros locos, haciendo juntamente muchas tonterías. Advirtió el prudente abad, con la discrecion de espíritu de que el Señor le habia dotado, que aquella locura era sabiduría del cielo; y así otro dia que le topó en una parte muy pública le fué á detener para hablarle; y como Marcos haciendo del loco recejase; dió voces el venerable viejo para que le viniesen á favorecer. La gente, como oyó las voces, y vió estar luchando con el loco un monje, concurrió en gran número, y daban voces al abad Daniel que se guardase del loco. Mas él, volviéndose á los que le daban este aviso, les dijo: Vosotros sois los locos, porque yo no he hallado en toda la ciudad otro mas cuerdo y sábio. Llegaron en esto algunos sacerdotes y eclesiásticos que conocian al abad Daniel, los cuales tambien le dijeron que cómo se metia con aquel loco. ¿Qué era lo que queria de él? Si lo quereis saber, dijo el monje, llevadle al Patriarca, y pregúntele quién es. Hiciéronlo así; mas pre-

(1) Ex Cod. M. S. Græco Biblio. Aug. n. 25. Ruderum, 2 part. opusc. seu viridarii, in cap. 3, p. 79.

guntado Marcos del Patriarca quién era, no quiso responder ni hablar palabra hasta que se lo mandó y forzó que debajo de juramento le declarase su vida y sus intentos. Entonces, obligado el loco disimulado á mostrarse sábio, confesó que por espacio de quince años habia vivido deshonestamente; mas que arrepentido de sus pecados, determinó hacer otros quince años penitencia de ellos; y así se fué á hacerla á un lugar de propósito para eso, donde gastó ocho años; y por hacerla mayor en cosas mas arduas vino á Alejandria para ser tratado en ella como loco, donde ya habia estado otros ocho años. Los circunstantes que oyeron esto no pudieron detener las lágrimas, edificados y tiernos por ver los caminos tan extraordinarios por donde suele llevar el espíritu de Dios á sus escogidos. Pero creció mas la admiracion cuando al dia siguiente enviando el abad Daniel á su discípulo para visitar á Marcos, para volverse á su soledad y al silencio de su celda, le halló ya difunto, y que habia dado el alma á su Criador; á cuyo entierro acudieron todos los monjes y sacerdotes de Alejandria, con increíble multitud del pueblo, alabando todos al Señor por las maravillosas obras de su providencia; pues á quien escogió para que viviese despreciado en vida se la conservó hasta que pudiese ser honrado en muerte. ¿Quién no ve en este admirable varon el sumo desprecio y renunciacion de todos los tres géneros de bienes que estima el mundo, pues renunció tanto las riquezas, que ni aun vestido tenia, ni un trapo que cubriese sus carnes; despreció tanto las honras, que por ser humillado y escarnecido se metió entre los locos como uno de ellos? La renunciacion de los gustos no fue menor, perseverando en perpétuo ayuno, quitándose él su comida, y dándola á sus compañeros.

Digamos ahora otro suceso de igual fortaleza para desprecio del mundo, aunque en sexo de mayor flaqueza. En Tabena, á la orilla del rio Nilo (1), en un monasterio de trescientas vírgenes consagradas á Dios habia una llamada Isidora, abatida y despreciada de todas, y tenuta por tonta; la cual de tal manera sustentaba esta opinion, y se mostraba mentecata, que no por eso dejaba de ejercitar obras de caridad, trabajo y humillacion con las demás, como si fuera esclava de cada una: ella era la que fregaba y estaba en la cocina, siendo el estropajo de la casa; dábanle de bofetadas las otras, llamándola tonta, mentecata, necia y otros nombres semejantes, y se los decian en su cara; mas ella callaba á todo, ó se reia con mucha simpleza, de lo cual se aprovechaba para no sentarse en el refectorio con las demás, ni jamás comió otra cosa sino los mendrugos ó algunas sobras de las otras. Aunque era el escarnio de todas, no la oian hablar palabra en su defensa, ni dar muestra de sentimiento de cuanto la decian, agraviaban y maltrataban. Andaba los pies descalzos, y cubierta la cabeza con un paño muy súcio como rodi-

(1) Ex M. S. Græc. hist. Patrum. Pallad. c. 42 de S. Pitirum.

lla. Vivía en esta sazón en Porfirite aquel grande varón en penitencia, y de igual fama en bondad, llamado Pitirum, al cual se le apareció un Ángel, y le dijo: No tienes que desvanecerte por tantos años como ha que conservas tanto rigor y la vida religiosa. Ven, y verás una doncella mas santa que tú: vé al convento de las religiosas de Tabena, entre las cuales hallarás á una que anda con diadema. Así llamó el Ángel aquel trapo súcio que traía en la cabeza para su mayor desprecio aquella humilde virgen. Añadió el mismo Ángel: Sabe que esta doncella es mejor que tú; porque es cada dia excitada de tan gran número de mujeres, despreciada, escarnecida y maltratada, como si fuera un perro; mas por nada se ha turbado ni apartado el pensamiento de Dios, y tú estando aquí solo, suele andar tu pensamiento vagueando por todo el mundo. Con esto desapareció el Ángel, y el abad Pitirum se partió al momento á cumplir su mandato, y como tenia tan gran opinion de santo, fácilmente le dieron licencia para que viniese al monasterio, y las monjas salieron á consolarse con la vista de un varón tan señalado, y por recibir la bendición del obispo que le acompañó juntamente con un diácono. Echó el Abad menos á Isidora, y preguntando si faltaba alguna religiosa que no hubiese salido, le respondieron que no; mas replicó: No es posible, porque no veo aquí la que me mostró el Ángel del Señor. Entonces le dijeron que solo faltaba una hoba que estaba en la cocina. Pues traedla luego acá, replicó Pitirum. Fueron por ella, y aunque rehusó cuanto pudo salir, la trajeron por fuerza. El santo Abad la conoció luego por el trapo de la cabeza, que llamó el Ángel diadema. Postróse luego el venerable viejo á sus piés, diciéndola: Ruégote, madre, que me echés la bendición, y encomiendes á Nuestro Señor. Las otras monjas atónitas del caso le decían: Mirad, Padre, no os hayais engañado; porque esta es una tonta y mentecata. El respondió: Vosotras sois las necias y mentecatas, porque esta religiosa es mas sábia que vosotras y que yo, y ojalá que en el dia del juicio me halle yo como ella se hallará. Las monjas, maravilladas de lo que veían, arrodilladas á los piés del Abad, le pedían perdón del maltratamiento que habian hecho á aquella sierva de Dios, confesando á voces su culpa. Una decia: Yo me reía de su vestido; otra: yo le hice muchas burlas; otra: yo la llamé tales nombres; otra: yo le di de muchos bofetones; otra: yo le eché el agua de fregar por la cara; otra: yo la tiré de las orejas; otra: yo la así de las narices, y la traté muy mal. De esta manera contaban varios escarnios, befas y burlas mas pesadas que la habian hecho. Con esto se volvió muy consolado el Abad, y las monjas honraron de allí adelante aquella sábia religiosa como lo merecia su rara virtud; mas ella, no pudiendo verse honrada y estimada, se salió de aquel monasterio, porque no estaba con la clausura y obligacion de los de ahora, y se fué á otra parte donde fuese despreciada, ó por lo menos no conocida. ¿Quién no ve en esta sierva de Dios hollado todo el mundo, viviendo tan conten-

ta en pobreza, en humildad y paciencia, teniéndose por dichosa de ser esclava y escarnecida de todas?

Tambien es memorable la historia que trae san Gregorio Niseno (1) de un filósofo llamado Alejandro, el cual era de un rostro muy hermoso, y todo él de lindo talle y presencia; pero conociendo por la luz de la fe, que perfeccionó á su filosofia, la vanidad de las cosas del mundo y el peligro de ellas, determinó vivir con todo desprecio de sí, en trabajo y humildad; y para que su rostro hermoso no le fuese ocasion de pecar á sí ó á otros, se fué á la ciudad de Comana para ser allí carbonero, donde le pareció estaria mas desconocido y olvidado; y así lo estuvo por mucho tiempo, andando roto y tan tiznado, que no parecia sino el mismo carbon, tenido de todos por el hombre mas vil del pueblo. Vino, pues, allí san Gregorio Taumaturgo á darles obispo, por estar difunto el que tenian, y presentándole la gente mas noble y erudita para que escogiese de ellos al que quisiese, el Santo les dijo que no se guiasen para tan alta dignidad por estos bienes que lucen y resplandecen en el mundo, sino por la virtud; y así que le presentasen tambien otros menos ilustres y señalados, aunque fuese gente humilde y baja. Á esto replicaron algunos, como haciendo burla y riéndose: pues si esa gente se ha de proponer para obispos, propongamos á Alejandro el carbonero, pareciéndoles que no habia en la ciudad hombre mas bajo y despreciado. En oyendo este nombre san Gregorio, movido de Dios, le mandó llamar, y le señaló por obispo, porque no permitió Nuestro Señor que quien tanto se despreció á sí dejase de ser honrado de todos; y así puso sobre el candelero de su Iglesia al que estaba encubierto en su bajeza; y fue tan excelente obispo y tan imitador de Cristo, que vino á dar por su santo nombre la vida, juntando á la corona de su santísima vida la lauréola del martirio.

No fue menos maravilloso el desprecio del mundo de Simeon Salo, como lo cuentan Leoncio y Evagrio (2), el cual viviendo en gran pobreza y desprecio encubria cuanto podia sus ayunos y largas horas de oracion, que gastaba con Dios; y cuando estaba en público procuraba haberse de manera que le tuviesen por loco ó mentecato, y sin virtud alguna; y así entraba en tabernas, y cuando despues de grandes ayunos tenia necesidad de comer, comia por las calles cosas muy viles: y si algun cuerdo hacia reparo en su modo de vivir, sospechando él que lo hacia por ser despreciado y encubrir su virtud, en entendiéndolo él se iba á otra parte por estar mas léjos de cualquiera estimacion. Sucedió que en el lugar donde estaba, apremiando un hombre á su criada que fue hallada preñada que dijera quién la habia desflorado, ella por encubrir al malhechor echó la culpa á Simeon el tonto, el cual no quiso contradecirla, sino llevar por Cristo aquella infamia, hasta que Nuestro

(1) Nissen. in vita Thaumaturg. — (2) Evag. lib. 4, cap. 33.

Señor se sirvió descubrir el padre verdadero de la criatura. Tuvo el santo varon tanta caridad con la que le habia levantado aquel testimonio, que estando con gran necesidad enferma del parto la llevaba secretamente de comer. Hizo últimamente Nuestro Señor venerable de todo el mundo á este, que se hizo loco al mundo, por alcanzar la sabiduría del cielo.

Los que en varias ocasiones, por no ser tenidos por Santos ni honrados de los pueblos, hicieron grandes extremos, y obraron al parecer humano cosas indignas, son tambien muchos. San Juan Climaco cuenta (1) que oyendo decir el bienaventurado Padre Simeon como el adelantado de la provincia venia á visitarlo como á varon famoso y santo, tomó en las manos un pedazo de pan y queso, y sentado á la puerta de su celda comenzó á comer de aquello, como si estuviera sin juicio: con esto lo despreció, y no hizo caso de él. Vivía en lo interior del yermo un santo viejo á quien se le juntó un discípulo para aprender de él santidad y servirle: á la fama de la vida tan santa vino á él un hombre, y con muchos ruegos le importunó que fuese á su casa, é hiciese oracion por un hijo suyo enfermo: salieron ambos de la celda para esto; pero el padre del enfermo apresuró el paso á su casa para volverle al encuentro al santo viejo con grande acompañamiento. Cuando el viejo echó de ver desde léjos el aparato con que venian, entendió lo que era, y desnudándose presto se echó en el rio, y comenzó á bañarse. Avergonzóse mucho de esto su discípulo, y dijo á los que venian á recibirle que se volviesen, porque el viejo habia perdido el juicio. Fuéronse ellos, y yendo el discípulo á donde estaba su maestro, le dijo: Padre, ¿qué es esto que has hecho? Ten por cierto que cuantos te vieron han dicho que estas endemoniado. Respondió el santo varon: pues eso es lo que yo deseaba oír.

§ III.

Entre los que se han abrazado con la pobreza evangélica y desprecio del mundo hay muchos que fueron grandes señores, príncipes, reyes y emperadores. Fue muy ilustre en Alemania la hazaña de su príncipe Carlos que, siendo riquísimo, estimado y temido por sus gloriosas empresas, tocado del amor de las cosas del cielo, dejó el reino á su hermano, y él se vino como pobre á Roma, donde se hizo monje, y habiendo edificado un monasterio en el monte de San Silvestre, moró allí algun tiempo; pero como fuese muy visitado de los de la ciudad, que estaba cerca, y le impidiesen su quietud, se pasó al Monte Casino, donde fue recibido del abad Petronace con increíble gozo, y allí en ejercicio de humildad aprovechó tanto, que en los anales de aquel monasterio se halla escrito

(1) Grad. 25, § 1.

que como el Abad le ordenase que tuviese cargo con el ganado, hizo con grande alegría aquel tan bajo oficio, como si fuera gobernar un reino como antes; y como una vez una oveja anduviese coja, la puso sobre sus hombros, y la trajo hasta la majada, sin desdeñarse ni extrañarse un rey de tal oficio. En nuestra España tambien sabemos del rey Wamba que despues de haber reinado once años, y haber hecho maravillosas hazañas, y quitado á unos corsarios de África mas de doscientas naves, y haber preso á Paulo, rey que se alzó y vino contra él de Francia, la postrera de sus gloriosas hazañas fue encerrarse en un monasterio, donde vivió siete años con grande observancia en su Religion, y murió año de 674, cuyo ejemplo, despues el de 986, siguió don Bernardo, rey de Castilla. Apenas hay provincia en Europa que no haya tenido príncipes que han renunciado su reino temporal por alcanzar el eterno, enseñándonos cuál sea la verdadera grandeza, que es ser humildes y humillados por Cristo, y la verdadera riqueza ser pobres de espíritu con afecto y efecto. Pero por no alargarme mas en traer otras historias de los muchos que han sabido trocar los bienes temporales por el reino de los cielos, no quiero callar una que encierra muchos ejemplos. Tomás de Cantimprato testifica (1) que murió en su tiempo santa Matilde, hija del rey de Escocia, y que tuvo cuatro hermanos: el uno, que era duque, deseando hacerse pobrísimo por Cristo, dejó el Estado, y se desterró de su patria; otro fue conde, y tambien dió de mano á los bienes de la tierra, haciéndose ermitaño; el tercero siendo arzobispo renunció el arzobispado, y se entró en la religion cisterciense; el cuarto, por nombre Alejandro, era el mas mozo de sus hermanos, y cuando llegó á edad de diez y seis años queria el padre compelerle á que comenzase á gobernar el reino; pero su hermana Matilde, que á la sazón tenia veinte años, llamándole aparte, le dijo: Hermano mio, dulcísimo Alejandro, ¿qué es lo que pensais hacer? ¿No veis como vuestros hermanos mayores han desamparado el mundo y las cosas de la tierra por granjear el cielo? como han menospreciado el reino temporal por el eterno? Mirad que á vos os han dejado un reino por el cual habeis de perder el reino del cielo, y vuestra alma con él. Alejandro, sus ojos hechos fuentes de lágrimas, respondió á esto: Pues, hermana mia, ¿qué me aconsejais que debo hacer? Aquí estoy pronto para ejecutar cuanto me mandáreis, sin discrepar un punto. Holgóse la Santa de ver tal resolucion; y mudando ella el hábito, dejaron ambos su patria, y se partieron juntos para salir fuera de sus tierras: donde enseñó la hermana al hermano como habia de ordeñar vacas, cuajar leche y hacer buenos quesos. Despues se vinieron á Francia, y la Santa dió traza como Alejandro entrase á servir en una estancia de los monjes cistercienses, los cuales habiendo primero hecho prueba de él, hallaron que era excelente oficial de ordeñar vacas y hacer quesos. Andando el tiem-

(1) Cantim. lib. 2, cap. 10, p. 3 Henric. Gran, d. 5, exemp. 25.

po se pagaron tanto los religiosos de su buen trato, que le admitieron en su Religion para fraile lego. Viendo esto santa Matilde, le dijo un dia: Hermano mio, grande premio sin duda nos ha de dar el Señor porque dejamos los padres y la patria por su amor; pero recibiremosle mucho mas grande si por todo el tiempo que nos queda de vida tuviéremos por bien de privarnos del mucho contento que recibimos en vernos él uno al otro, por dárselo á su divina y soberana Majestad; de suerte que no nos veamos mas hasta juntarnos en el cielo, donde nos volveremos á ver y comunicar con consuelo verdadero y eterno. Aquí lloró el hermano, y tuvo esto por la cosa mas dificultosa de cuantas habia hecho en todo el discurso de su vida; pero al fin rompió con todo, y se apartaron los dos, de modo que nunca mas se tornaron á ver acá en la tierra. La santa doncella fuese á una villa nueve millas de allí, donde vivia retirada en una cabañuela: sustentábase de solo el trabajo de sus manos, sin querer admitir presente ni limosna de persona alguna: su cama era el suelo ó poco ménos; no usaba de género alguno de cabecera; comía de rodillas, y en esta misma postura gastaba muchas horas de oracion, donde hartas veces era arrebatada fuera de sus sentidos, tanto, que no sentia el ruido de los truenos, ni veia la luz y resplandor de los relámpagos. Alejandro nunca fue conocido mientras vivió; pero fue lo santa Matilde nueve años antes de su muerte, y luego quiso ella huirse de aquella tierra, pero esorbáronsele. Hizo muchos milagros en vida y en muerte. Un monje enfermo de una apostema en el pecho se fué á tener oracion á la sepultura del siervo de Dios, Alejandro, y en ella se le apareció el santo varon muy mas resplandeciente que el sol, y adornado con dos coronas hermosísimas, que traia en la cabeza la una, y la otra en las manos. Preguntóle el monje qué significaban aquellas coronas. La que traigo en las manos, respondió, se me ha dado por la razon del reino temporal que dejé; la corona de la cabeza es la que comunmente se da á todos los Santos del cielo: y para que des mas crédito á lo que has visto en esta vision, te hallarás sano de la enfermedad que te fatiga, segun la fe que has tenido. De esta manera honra Dios á los que se humillaron por su honra.

CAPÍTULO IX.

El amor que debemos á Dios no ha de dejar lugar ni facultad al alma para amar lo temporal.

Bastantes motivos y razones hemos juntado para despreciar todas las cosas temporales, y apartar de ellas nuestro corazon, pues son en sí vilísimas, perecederas, variables, pequeñas, peligrosas, y por lo mucho que hizo y padeció Cristo nuestro Redentor para que las despreciásemos, ahora quiero añadir, para concluir esta materia, que aunque por si tuviesen alguna estimacion, no les habiamos de tener amor, por

ser tanto lo que debemos amar á Dios, que no debe dejar lugar para amar otra cosa fuera de él; porque si se mandó en la ley antigua, cuando no tenian los hombres la obligacion que ahora tenemos, porque no habia muerto el Hijo de Dios por nuestro bien, que le amásemos con todo nuestro corazon, toda nuestra alma y todas nuestras fuerzas, ahora que le debemos mas, y tenemos mayor conocimiento de la bondad divina, ¿qué debemos hacer? Si antes le debíamos amar tanto que no nos quedaba lugar para amar á otra cosa, ahora que le debemos mas, ¿cómo podemos volver los ojos, y poner el corazon en criatura alguna, no bastando millones de corazones para emplearlos en nuestro Criador y Redentor? No hay título alguno por donde Dios pueda ser amable, por el cual no le debamos mil voluntades, mil amores, y cuanto somos y valemos; pues por todos juntos ¿qué le deberemos? Mira qué le debes por sus beneficios, por su amor y por su bondad; y verás como te faltarán corazones para amarle, aunque tuvieras tantos cuantas arenas hay en el mar y átomos en el aire; pues ¿cómo uno solo que tienes puedes dividirlo en las criaturas? Mira, pues, la multitud y grandeza de los beneficios divinos, y seas para con Dios lo que es un hombre para con otro; porque si de los beneficios humanos se dice que dádivas quebrantan peñas, ¿cómo tantos beneficios divinos no mueven tu corazon de carne? Y si dijo Salomon (1) que los que dan dones roban los ánimos de los que los reciben, ¿cómo no te roba Dios el alma, que no solo te da dones, sino que se te dió á si mismo por don? Mira los beneficios que recibiste en la creacion; porque recibiste entonces tantos cuantos miembros tienes en el cuerpo y potencias en el alma: mira los beneficios que recibes en la conservacion; porque recibes cuantos hay en el cielo y la tierra, los elementos, las estrellas, y todo este mundo que se crió para tí, y sin él no te conservarás: mira los beneficios que recibiste en la redencion, que fueron tantos cuantos son los males del infierno, pues de ellos te libró: mira los beneficios que recibiste en la justificacion, que son cuantos Sacramentos instituyó Cristo y ejemplos te dió: mira qué le debes por haberte hecho cristiano, y perdonado tantas veces, y dado de nuevo su gracia. Todos los beneficios están demandando tu amor, y pidiéndote por mil obligaciones. Pues no solo estos beneficios de Dios, sino los de los hombres, te piden que ames á Dios, porque no te hace hombre beneficio que no te le haga Dios. Por todas partes estás obligado á amar sobre todas las cosas á aquel que te hace bien en todas, y vale mas que todas; ¿cómo no te ponen tantos beneficios en algun cuidado de lo que debes hacer? Porque si á David le fatigaba este cuidado diciendo: *¿Qué tornaré al Señor por todas las cosas que me ha dado?* no habiéndole dado el cuerpo y sangre de su Hijo, ni habiendo entonces encarnado ni muerto por él; despues de haber hecho

(1) Prov. xxii.